

Homilía de La Asunción de la Virgen María

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

“Dichosa tú, porque has creído”

Introducción

Esta fiesta celebra que «la Virgen María, cumplido el curso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celeste» (Constitución apostólica Munificentissimus Deus de Pío XII del 1/11/1950). En muchos pueblos se celebraba desde antiguo este misterio, pero durante muchos siglos esta creencia no tuvo la oficialidad que hoy tiene. Se tenía la convicción de que el sepulcro servía como crisol para dejar ese cuerpo limpio para la resurrección. Si embargo, desde antiguo ya se veía la muerte de María como una «dormición», el descanso de la vida. Así expresaban que la muerte de María no tenía la condición trágica que nosotros experimentamos, sino que había sido un paso imperceptible: se había dormido, pero estaba viva. María, la Madre de Dios, fue objeto de glorificación corporal después de su muerte y en ella se manifiesta el fin y la plenitud de toda la creación. Con esta sanción oficial del dogma de la Asunción se proclama el misterio de fe sobre el destino de María y de todos nosotros.



Fray Gregorio Celada Luengo
Convento de San Esteban (Salamanca)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 11, 19a; 12, 1. 3-6a. 10ab

Se abrió en el cielo el santuario de Dios y apareció en su santuario el arca de su alianza. Un gran signo apareció en el cielo: una mujer vestida del sol y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; y está encinta, y grita con dolores de parto y con el tormento de dar a luz. Y apareció otra signo en el cielo: un gran dragón rojo que tiene siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas, y su cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se puso en pie ante la mujer que iba a dar a luz, para devorar a su hijo cuando lo diera a luz. Y dio a luz un hijo varón, destinado el que ha de pastorear a todas las naciones con vara de hierro, y fue arrebatado su hijo junto a Dios y junto a su trono; y la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios. Y oí una gran voz en el cielo que decía: «Ahora se ha establecido la salvación y el poder y el reinado de nuestro Dios, y la potestad de su Cristo».

Salmo

Salmo 44, 10. 11-12. 16 R/. De pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oro de Ofir

Hijas de reyes salen a tu encuentro, de pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oro de Ofir. R/. Escucha, hija, mira: inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna; prendado está el rey de tu belleza: póstrate ante él, que él es tu señor. R/. Las traen entre alegría y algazara, van entrando en el palacio real. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 15, 20-27a

Hermanos: Cristo resucitó de entre los muertos: el primero de todos. Si por un hombre vino la muerte, por un hombre ha venido la resurrección. Si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida. Pero cada uno en su puesto: primero Cristo, como primicia; después, cuando él vuelva, todos los que son de Cristo; después los últimos, cuando Cristo devuelva a Dios Padre su reino, una vez aniquilado todo principado, poder y fuerza. Cristo tiene que reinar hasta que Dios haga de sus enemigos estrado de sus pies. El último enemigo aniquilado será la muerte. Porque Dios ha sometido todo bajo sus pies.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 39-56

En aquellos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo y levantando la voz, exclamó: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá». María dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, “se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humildad de su esclava”. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí: “su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación”. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, “derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia” - como lo había prometido a “nuestros padres” - en favor de Abrahán y su descendencia por

siempre». María se quedó con Isabel unos tres meses y volvió a su casa.

Pautas para la homilía

La Asunción de María, fiesta de la devoción popular

La glorificación corporal de María después de su muerte la atestigua la devoción espontánea de los fieles. En realidad estas tradiciones encontraron su lugar más apropiado en la inspiración poética de los himnos de la fiesta de la Dormición. Era para los fieles la enseñanza y el estandarte del destino de toda la humanidad como consecuencia de la resurrección de Cristo. Los textos hablan de la muerte natural de la Virgen. En realidad muchas expresiones de devoción mariana de los antiguos cristianos no son más que ilustraciones de la fe en la unión hipostática de la divinidad y la humanidad en Cristo, por la que se comunican sus propiedades.

Pero con la figura de María nos sucede, a veces, que nos encantamos tanto con su figura que terminamos por elevarla a una criatura tan nimbada de gloria que no nos dice nada sobre nuestras tristezas y angustias. Todas las gracias que podamos atribuir a María, no deben ocultar que continúa siendo una mujer de nuestra raza. El camino no es atribuirle lo que ni es ni tiene. Pero también sucede, otras veces, que la reducimos a nuestras limitadas perspectivas de la vida sin reconocer la singular dignidad de la Madre de Dios. Así ocultamos lo que es y tiene. Sin duda que el reconocimiento de su excelencia es el mejor camino para conducirnos a su Hijo, nuestro Salvador. En su obediencia a Dios reconocemos al modelo acabado de humanidad.

La Asunción en cuerpo y alma a los cielos es el término normal de su vida. La Asunción manifiesta la fe de la Iglesia en el triunfo de María, realidad que todos esperamos alcanzar. Es expresión de la resurrección y de la plenitud de ser, consecuencia de toda una vida entregada enteramente a Dios. La última palabra sobre nuestro destino no la tiene la muerte.

La dureza de la realidad, sobre todo la muerte, contradice el mensaje de la Asunción

El problema de la muerte no deriva de que algunos ambientes la consideren como una herencia maldita y fatal, sino en que su poder devastador fácilmente nos induce a renegar de Dios. No se trata, pues, de negar la muerte biológica, sino de asumir la muerte como finitud de las tareas presentes. El problema aparece cuando tenemos que enfrentarnos a la realidad última de nuestra existencia como experiencia tenebrosa, que produce alejamiento y huida de Dios. Ante esta realidad de toda vida humana no vale cualquier actitud. Cercana o lejana, prevista o imprevista, esperada o imprevisible la muerte es siempre un aguijón para nuestras vidas. Es preciso buscar una respuesta a este corte definitivo de la vida humana. Cerrar los ojos ante esta realidad para vivir en la ilusión de liberarse de su condición de «aguijón» y de sus interrogantes, sería una solución demasiado artificial y fácil de la vida. Por eso, la manera de morir de María es una necesaria lección para todos.

Nosotros vivimos preocupados por la vida física o biológica, pero a Jesús le preocupa todavía más la angustia y la desesperación ante la ausencia de sentido de la vida, como si todo fuera absurdo. La Biblia no trata de la muerte biológica, la que los médicos certifican, sino de la experiencia personal y concreta que el hombre tiene de la muerte como corte y ruptura desoladora y absurda, la muerte dolorosa y terrible, de la que todos nos defendemos. La voluntad de vivir, que alienta en el hombre, lo induce a rebelarse contra esa devastación irreparable. Por eso algunos han querido calmar esta rebeldía definiendo al hombre como «ser para la muerte». Así pretenden apagar todos los anhelos de transcendencia que anidan en el corazón de los hombres. La dormición de María enciende esa luz en los corazones de los fieles.

El canto de María proclama que la muerte no tiene la última palabra

Necesitamos una figura que nos ayude a asociarnos a la grandeza de la salvación otorgada en Cristo. Por suerte está María para llevarnos a lo esencial, para conducirnos a la sabiduría. En el umbral de la casa de Zacarías, nace el himno mariano del Magníficat. La visitación da paso a un desahogo espiritual de María por lo que ha vivido en Nazaret. La Iglesia lo repite en la liturgia. En el saludo Isabel llama a María, primero, «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre» y, luego, expresa elocuentemente la actitud de María: «Dichosa tú, porque has creído». Estas dos bendiciones «bendita y dichosa», no son una cortesía, sino que se refieren directamente a la fe de María en el momento de la anunciación.

La alegría de la fe parece una paradoja. Para algunos aparece como un obstáculo para la felicidad, porque nos coarta la libertad. Dios no alegra nuestro rostro, sino que más bien parece ensombrecerlo. Así desaparece del horizonte de nuestras vidas la fe que hizo feliz a María. La fe es la mejor gracia que podemos pedir a Dios para ir hasta el fondo del misterio de las cosas: la realidad es siempre mucho más grande y sorprendente que lo que vemos. La fe no es el límite que vemos desde el valle, sino el horizonte que se vislumbra desde la montaña.

Así María puede cantar a pleno pulmón que «todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí». La madre de Dios es la realización más plena de cuantas posibilidades están inscritas en la naturaleza humana, capaz de recibir la plenitud del Ser divino. Toda su vida es expresión del uso correcto del don de la libertad. Es la llena de gracia por antonomasia. El canto que María dirige en el evangelio a Dios ensalza a la humanidad redimida por la divina misericordia frente a cuantos quieren erigirse en dueños de nuestro destino en esta historia. Por eso puede cantar que la muerte no es la última respuesta a las aspiraciones humanas. La gracia de Dios la cubrió desde el principio con su sombra. Su fidelidad hizo que se uniera más y más a Dios, de modo que toda su persona estaba preparada para entrar en el cielo. Esta es la verdad que hoy celebramos.

Es necesario promover imágenes de esperanza

Hay que confesar que las imágenes usadas para representar el misterio de la esperanza eterna (supervivencia postmortal, visión beatífica, los novísimos...) serán siempre muy débiles. Conviene advertir que este género literario religioso, muy presente en la Biblia, sobre las últimas cosas de la vida y de la historia es una literatura para tiempos de crisis. Tiene la ventaja de defender la identidad religiosa frente a los que pretenden arrasar con todo, incluido Dios, pero tienen el inconveniente de ser refugio de los que sólo pronostican amenazas terroríficas en nombre de Dios. De esto sabemos demasiado los predicadores. Pero más allá de esas imágenes está la fe en Dios. El problema es que las imágenes con las que hemos traducido las últimas realidades de la historia son más espectáculo impresionante que serena esperanza.

Pero no podemos dejar de advertir que al desaparecer esas imágenes podemos quedarnos sin el contenido religioso de las mismas. Es alarmante que se abandone la escatología cristiana por falta de fe, pero es todavía más alarmante que se rechace, porque ofende a la razón. Hemos perdido las representaciones escatológicas y nos perdemos también su mensaje. Seguramente que nuestra vida religiosa estuvo sobrecargada de imágenes celestiales o infernales, pero lo cierto es que la ausencia de unas y otras puede oscurecer el acceso a las profundas y esperanzadoras realidades que anunciaban.

La Iglesia inmersa en la historia es consciente de que el triunfo final no ha llegado todavía, pero puede dirigir la mirada a aquella que es para nosotros «señal de esperanza cierta y de consuelo». La Asunción de María quiere decir que, por la resurrección de Cristo, su cuerpo y alma, su plenitud de ser, viven para siempre. El resto de los mortales debemos esperar al momento final del tiempo para se produzca esa reconstrucción de la naturaleza humana que la muerte rompió. María ya lo consiguió. Y esto es una viva imagen de esperanza para los fieles.



Fray Gregorio Celada Luengo
Convento de San Esteban (Salamanca)

Evangelio para niños

La Asunción de la Sma. Virgen - 15 de agosto de 2012



La verdadera dicha

Llucas 11, 27-28

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, mientras Jesús hablaba a las turbas, una mujer de entre el gentío levantó la voz diciendo: - ¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron! Pero él repuso: - Mejor: ¿Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen!

Explicación

Jesús, cuando hablaba con su Padre Dios le daba gracias, porque era muy agradecido y además valoraba mucho todo lo bueno que Dios hace en favor de sus hijos, que somos todos. Hoy, unidos a Jesús, damos gracias a Dios Padre, porque María, la madre de Jesús, ha pasado de estar en la tierra acompañada por los amigos de su Hijo, a la Casa del Padre en el cielo, participando de la vida feliz y plena de Jesús.